



Vista de la catedral de Rodez.

SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX. 3.

UNA VISITA AL CONVENTO DE SANTA INÉS

DE SEVILLA.

Este convento, que conserva incorrupto el cuerpo de su fundadora Doña María Coronel, es por esta causa visitado por las personas devotas ó curiosas, que para ello obtienen el necesario permiso. Y habiendo nosotros logrado la ventaja de penetrar con él en este santo asilo, relatáremos lo que hemos visto, para las personas que no hayan tenido igual suerte. Pero antes será necesario exponer algunos apuntes biográficos de la ilustre Fundadora del Convento.

Fué Doña María Fernandez Coronel hija de Don Alonso Fernandez Coronel, Alguacil mayor de Sevilla y Señor de Aguilar, y de Doña María Fernandez de Biedma. Casó con Don Juan de la Cerda, señor de Gibraleon, hijo de Don Luis de la Cerda, Príncipe de las Fortunadas, y biznieto de San Fernando.

Siendo esta Señora de extremada belleza, enamoróse de ella el Rey Don Pedro, el que sostenia por entonces una guerra sangrienta contra Aragon, por lo cual tuvo que marchar, haciéndose preceder por Don Juan de la Cerda y por Don Alvar Perez de Guzman, marido de Doña Aldonza Coronel, hermana de Doña María.

Temeroso Don Juan por su honra, porque no se le ocultaba la inclinacion de Don Pedro hacia su muger, regresó á Sevilla sin la venia del Rey, por lo que fué declarado desleal, y confiscados todos sus bienes. Intentó resistir haciéndose fuerte en su castillo de Gibraleon; pero vencido, fué conducido á la Torre del Oro de Sevilla y condenado á muerte. Sabido este fallo cruel por Doña María, viajó á Aragon para implorar la clemencia del Rey, al que halló en Tarragona; pero no pudo el Rey concederle su peticion por estar ya ejecutada la sentencia.

Viuda y pobre retiróse Doña María á llorar su desamparo á la ermita de San Blas, fundacion que fué de sus progenitores. Allí vivió algun tiempo entregada á obras de piedad y ejercicios de devocion; pero previendo la noble y virtuosa Señora adónde podrían llegar los excesos de un Rey jóven, poderoso y apasionado, se retiró al convento de Santa Clara de Sevilla, fundado por el Rey San Fernando.

No fué esta prevencion suficiente, porque Don Pedro, arrebatado por su pasion, mandó que fuese sacada á la fuerza de aquel asilo. Al saber Doña María la llegada de los ejecutores de este mandato, huyó á la huerta, en donde mandó abrir un hoyo en el suelo, y que allí se la ocultase, prefiriendo el azar de morir enterrada viva, á la ignominia de ver manchada su preclara honra.

Era, no obstante, fácil advertir el piadoso engaño por la desigualdad de la recién movida tierra; pero Dios hizo crecer instantáneamente sobre ella yerbas que cubrieron con espeso y suave manto á la cristiana Lucrecia.

Acabó, empero, que habiendo descubierto Don Pedro el engaño, reincidió con tal empeño en su persecucion, que Doña María, estimando en menos su corporal belleza y aun su vida, que su virtud, se determinó á una accion propia del heroismo cristiano que la animaba; que fué la de echarse aceite hirviendo en su bello rostro, afeándole hasta

el punto de dejarlo hecho una viva llaga, cuya vista horrorizaba. Así logró esta noble heroína, esta muger fuerte, honra y prez de su sexo, apagar la criminal pasion del Rey; que era cuanto deseaba.

Profesó en el convento de Santa Clara, juntamente con Doña Aldonza, su hermana, que á la sazón habia enviudado, y fué siempre imitadora de sus virtudes.

Cuando subió al Trono Don Enrique II, fué Doña María reintegrada en la posesion de sus bienes, y habiendo obtenido las licencias necesarias, erigió el convento de Santa Inés, para lo cual la favoreció mucho en su intento Don Enrique II, y en el año 1376 otorgó la venerable Fundadora una escritura de adjudicacion de todos sus bienes en favor de su Convento, previendo que sería el santo y descansado asilo de muchas almas buenas y desamparadas, expuestas, sin estos refugios, á perderse y ser causa de la perdicion de otras almas por el vicio. Yace su cuerpo con admirable incorrupcion de cinco siglos, en una urna de cristales en el coro del referido convento. En este venerable y antiguo albergue de la santa virtud y de la inocente paz, vamos á entrar.

Al frente del espacioso compás, que está, digamos así, enclavado en el convento, teniendo á la derecha la preciosa Iglesia y á la izquierda la habitacion para la familia del demandadero y los locutorios, está la grandiosa y pocas veces abierta puerta. Por ella se penetra en un zaguan cubierto, y por éste á un pequeño patinillo triangular que tiene á la derecha un primer patio. Este comunica tambien por la derecha á una gran pieza de paso, que conduce al magnífico patio interior, de tamaño pasmoso. Su parte descubierta forma un jardín con multitud de árboles y en medio una fuente; está separado de los anchos corredores ó galerías por una hermosa balaustrada de mármol, y otra igual ostentan los corredores del piso alto. En el medio de una de estas galerías está la gran puerta que dá paso al coro. ¡Qué embelesadora armonía deben formar en el silencio de aquel lugar consagrado á Dios, la voz del Sacerdote que le implora en el altar, las de las monjas que le secundan, el órgano que solemniza estas preces, el canto de los pájaros, el susurro de las hojas y el murmullo de la fuente!

Acompañábanos las madres monjas de mas edad y mas categoría, con esa atencion, esa cordialidad, esa bondad y esa paz de que parecen posesionarse al echarse el hábito. ¡Cuán hace quinientos años, llevan hoy las monjas de Santa Inés, sus túnicas azules, sus tocas blancas, cubierto el rostro con sus tupidos velos negros, tan uniformes todas, y tan apartadas del mundo, de sus modas, de su marcha, de sus inquietudes y de sus cargas!

En el coro, que es una linda pieza con su buena y tallada sillería, nada de muy notable hallamos sino un retablo, cuyas tres efigies, el Dios Niño, la Virgen y San José, casi de tamaño natural, nos parecieron muy hermosas; dándole aun mas encanto la consideracion, de que en dias de la grande y alegre fiesta de Navidad pasan las monjas ante este retablo los mas felices y alegres dias de sus vidas. Pero el objeto principal de que debemos ocuparnos es el cuerpo de la Fundadora, que está encerrado en una urna ó féretro de cristal, al lado izquierdo del coro próximo á la reja que lo separa de la iglesia. La noble, la santa y gran Señora, es de elevada estatura y buenas carnes, conserva-

bien, y que podeis contar plenamente conmigo. Todo eso no son mas que intriguillas, rivalidades y envidias de corte.

Nada replicó Valandrú, y en el momento de marcharse le dijo la embajadora:

—Hasta mañana, y venid tempranito. Acordaos que es el gran día, y de qué deseo que mi peinado sea una obra maestra, que os venga del injusto desaire que os han hecho.

Efectivamente, al día siguiente fué muy exacto el peluquero, y realizó las maravillas que la linda embajadora esperaba de él.

Acababa de replegar sus velas la noche, despues de haber luchado contra las brillantes iluminaciones del palacio y las resinosas antorchas que no habia cesado de pasear el pueblo por las calles en señal de regocijo. Aunque hacia tiempo que habia amanecido, reinaba alrededor de la mansion de los czares un triste silencio. Iban y venian oficiales de ordenanza, sin aproximarse unos á otros, ni hablar entre sí. Nada indicaba que fuese á comenzar la fiesta. Mudos estaban los cañones y las campanas, la inquieta multitud se abstenia de toda pregunta, empero se mostraba su asombro en sus miradas.

Valandrú, que salia de su casa, hizo al pasar por la calle estas observaciones. Meneó tristemente la cabeza, lanzó un suspiro, y no pensó mas que en ir á peinar sus parroquianas.

En muchas casas atrapó aquí y allí palabras vagas, fragmentos de conversacion, cuyo sentido no le fué difícil adivinar, pero se guardó muy bien de aventurar la menor reflexión.

(Se continuará.)

SINONIMOS CASTELLANOS.

CONSUELO, SOLAZ.

Aunque hijas de una misma madre (la voz latina *solutum*) no expresan *consuelo* y *solaz* exactamente la propia idea. El *consuelo* puede consistir únicamente en una noticia favorable, en una esperanza, en reflexiones filosóficas, en la cristiana resignacion, y en otros lenitivos puramente morales. El *solaz* mitiga las penas de un modo más positivo, y por consiguiente está más en camino de curar las heridas del alma. En la palabra *solaz* está siempre embebida la significacion de la otra, pero no se *solaza* todo el que se *consuela*. Con el *consuelo* llora todavía un triste, y gusta de la soledad; con el *solaz* se enjugan sus ojos y no se niegan á sonreír sus labios: aquél cierra la puerta á la desesperacion; éste la abre á la alegría.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL ALCORNOQUE.

El alcornoque (*querqus suber*) de la familia de las amén-teáceas, es un árbol verde con hojas redondas parecidas al

encage formando hondas y armadas de puntas; esta especie de encina no pierde sus hojas sino en el mes de mayo cuando las nuevas crecen y tienen bastante fuerza para reemplazar á las del año pasado. Echa flor en mayo, y el fruto no está bueno para cosecharlo hasta el mes de noviembre del año siguiente, es decir, diez y ocho meses despues de haber echado la flor. Sus bellotas son menos ásperas que las de las demas clases de encinas, y sirven para cebar los puer-cos, carneros y las aves de los corrales. Tostadas y molidas sirve su harina en el comercio para diversas y muchas especies de féculas.

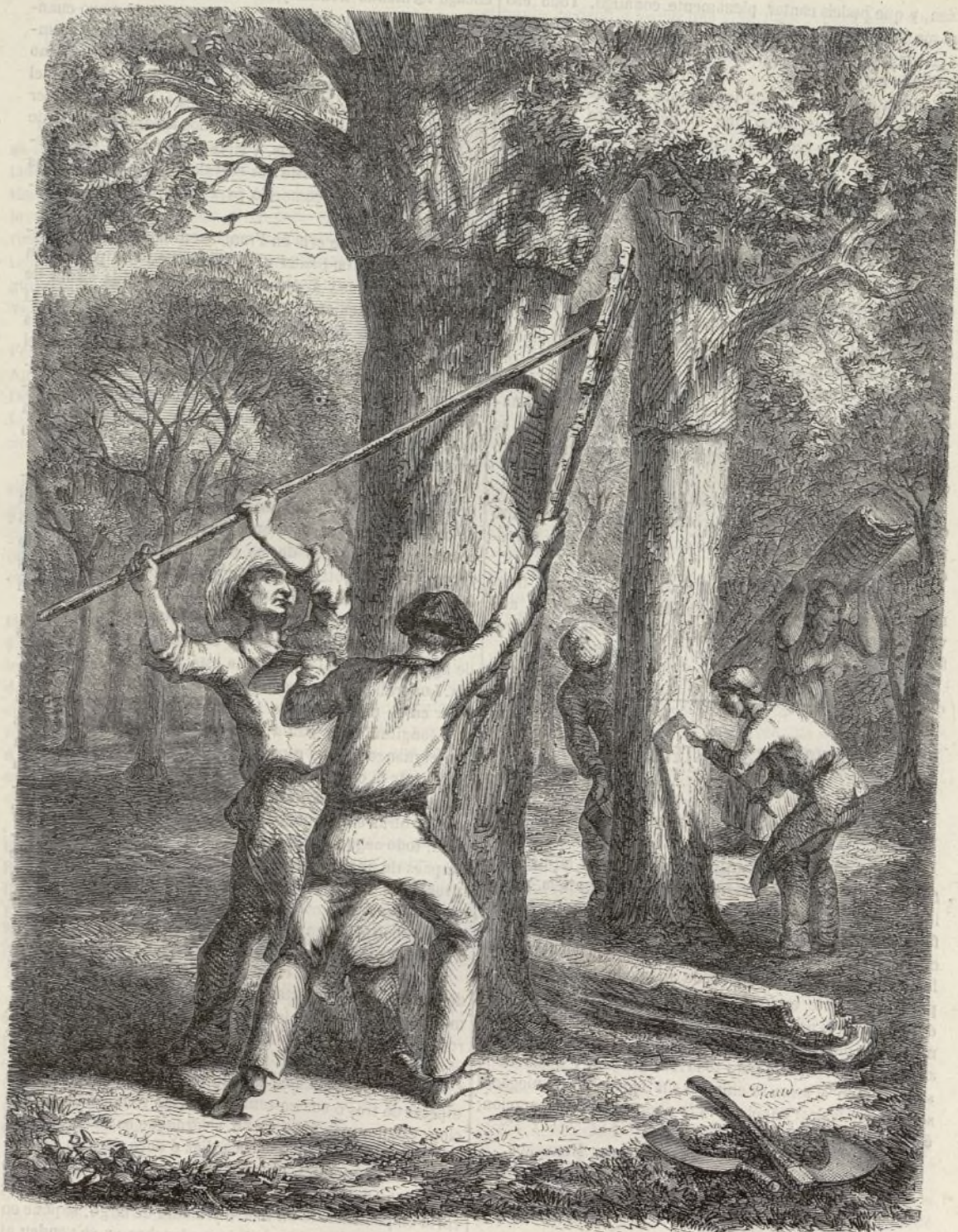
El alcornoque se cria en Francia, en Cataluña, en Portugal, en Argelia, en Sicilia y en Italia. Se da muy bien en los terrenos áridos y arenosos y suele llegar á la altura de quince metros, teniendo tres ó cuatro de circunferencia. El tronco, á contar desde el suelo hasta el nacimiento de las ramas, tiene de altura tres ó cuatro metros. Esta parte del árbol es la que se descortez y produce el corcho. La madera que no se gasta para leña de quemar y que podía servir para construccion, es muy pesada, muy porosa y tan dura como el boj. Su corteza es esponjosa, espesa y llena de grietas.

Cuando el alcornoque llega á tener de veinte á veinte y cinco años es cuando comienza á dar producto. Se le quita la primera corteza que sirve para hacer tapones ó rosarios para las redes de los pescadores, los que nadando sobre el agua denotan el sitio donde están las redes. A los árboles jóvenes se les protege rodeándolos de zarzas para evitar los daños de los dientes de los animales.

La operacion de arrancar la corteza se hace en el mes de agosto, época del año en que está en movimiento la sá-via. Los trabajadores comienzan por hacer una incision circular en el nacimiento de las ramas, y despues practican otra longitudinal y dan á cada lado de la incision golpes con el mango de una especie de hoz llamada *picasson*, á fin de separar la corteza del cuerpo del árbol; meten en seguida entre el tronco y la corteza unas veces el hierro del instrumento, otras el mango, cuyo puño está tallado en forma de cuña, todo segun la resistencia mayor ó menor de la sávia. Despues de una incision parecida, practicada en la parte inversa del árbol y haber precedido la misma operacion cae desprendida la corteza. Para desprender el corcho de la parte superior se emplea como palanca un palo de dos metros de largo.

Otros jornaleros, encargados de recoger las planchas de corcho, las transportan y apilan á las orillas de los caminos que atraviesan los bosques, para cargarlas en carros y llevarlas desde allí á la casa de los diferentes propietarios.

Al cabo de diez años, cuando la corteza ha llegado á un espesor de tres ó cuatro centímetros, se renueva la operacion. Cuanto mas viejo es un alcornoque es mucho mejor su corcho. A pesar de que cada diez ó doce años se descortezan los alcornoques, es árbol que vive de ciento á ciento cincuenta años. Llevado el corcho á casa del propietario se corta en planchas de un metro y medio de largo, se pone en pilas ó tandas de cada veinticinco planchas, y se venden al peso ó á la medida por metros, segun su calidad, porque hay tres calidades: corcho mercante, corcho de desecho y las caspicias ó tirillas, que se venden para tapones y juguetes. El corcho se calienta al fuego ó se cuece en agua hir-



Recolección de la corteza.

viendo para que se ponga plano, despues se corta en plan-
 chas ó en trozos para hacer tablas para delanteras de los
 sofás ó chimeneas y garantir las habitaciones de humeda-
 des, para suelas de zapatos, moldes de pulimentar cristal, y
 para rosarios de redes de los pescadores.